

□ Tiempo de lectura: 4 min.

Una carta aparentemente sencilla, pero rica en significado espiritual y educativo: es la que Don Bosco escribió en 1858 al joven seminarista Bartolomeo Alasia. Este precioso documento, celosamente custodiado a través de generaciones, ha realizado un viaje extraordinario antes de encontrar su ubicación definitiva en el Archivo Histórico de Nizza Monferrato. Su historia no solo nos cuenta las vicisitudes de una hoja de papel, sino que sobre todo revela el alma de un gran educador: Don Bosco, incansable promotor de vocaciones y maestro de vida espiritual, capaz de transformar cada ocasión en una oportunidad de crecimiento para sus jóvenes.

Un viaje de 50 km que duró 162 años

El 11 de enero de 1911 el prior de Sommariva Bosco (Cuneo) el teólogo Celso Giulio Francese, tras una cita, se presentó en la curia arzobispal de Turín portando una carta autografiada de Don Bosco. Le esperaba una especie de tribunal formado por un obispo, el vicario general monseñor Costanzo Castrale, el promotor fiscal, el teólogo Carlo Franco y el secretario, el teólogo Carlo Ferrero. Se le preguntó cómo llegó a sus manos la supuesta carta de Don Bosco. El prior respondió que durante una conversación con la señorita Anna Betrone, una profesora de Sommariva del Bosco, había llegado a saber que ella poseía “un precioso recuerdo del Venerable Don Bosco”. Se trataba de una carta escrita al clérigo Bartolomé Alasia [de Sommariva], que más tarde llegó a ser sacerdote, pero que ya había fallecido. El maestro la había recibido de un pariente suyo, también fallecido, que a su vez la había recibido directamente del citado Bartolomé. El prior invitó entonces a la señorita Betrone a entregar la carta al “Superior Eclesiástico”, como era preceptivo en el caso de los procesos de beatificación. Ella aceptó inmediatamente “lamentando no haberlo sabido antes, porque la habría entregado inmediatamente”.

En pocas palabras: la carta de 1859 había pasado de manos de su destinatario, el antiguo seminarista convertido en sacerdote, a uno de sus familiares, de éstos al profesor Betrone y luego al teólogo Francese. Finalmente regresó a su legítima propietaria, la señorita Betrone. Ahora se conserva en el Archivo Histórico de la casa fma de Nizza Monferrato. Un viaje de apenas unas decenas de kilómetros pero que duró 162 años.

¿Y la Curia de Turín? El secretario hizo inmediatamente dos copias conformes con el original (una para conservar y la otra enviada al día siguiente a la Sagrada Congregación de Ritos en Roma), redactó el acta del pequeño interrogatorio que hizo firmar a los presentes y autenticó los papeles con el sello de la propia curia

arzobispal. Todo por una pequeña carta... ¡pero de un santo!

Los precedentes de la pequeña historia

¿Cuáles son los precedentes de esta historia? Sucedió que el joven Bartolomé Alasia, nacido en 1842 en Sommariva del Bosco y ya estudiante en Valdocco desde el 22 de octubre de 1856 hasta el 7 de agosto de 1959, había ingresado en el seminario diocesano de Chieri con algunos de sus compañeros, convencido, por palabra del propio Don Bosco, de que no le pagaría la pensión. En cambio, unos meses más tarde recibió, probablemente del ecónomo del seminario, una solicitud de pago. Inmediatamente escribió a Don Bosco, quien inmediatamente, el 6 de abril de 1858, pidió al rector del seminario de Turín y primer responsable también del de Chieri, el canónigo Alessandro Vogliotti, que transfiriera la pensión gratuita del joven Bonetti -que ahora tenía en su casa de Valdocco- al joven Alasia. Inmediatamente tuvo (o tal vez presumió tener) el consentimiento de su amigo el rector, por lo que el mismo día tranquilizó al joven diciéndole que el rector le informaría de la noticia directamente en el seminario de Chieri.

¿Eso es todo? No, ¡había mucho más!

Don Bosco, educador previsor, no se contentó con “interceder” para que al joven y pobre Bartolomé se le concediera una pensión del seminario; aprovechó la ocasión para añadir recomendaciones especiales de carácter espiritual, que debía transmitir a sus compañeros ex alumnos de Valdocco. Ya había sido informado de su buen comportamiento en el seminario. Por ello, le escribió:

“Para disfrutar de favores especiales de este tipo [la pensión gratuita], uno necesita también una buena conducta especial en el estudio y la piedad. Anímese, pues. Siga los consejos que le doy.

- 1. Evite absolutamente a los compañeros disipados y a los que no son de buena conducta*
- 2. Frecuente los Santos Sacramentos de la Confesión y la Comunión*
- 3. Asistencia, familiaridad, imitación de los más señalados en el estudio y la conducta moral*
- 4. Acudir todos los días a hacer una visita, aunque sólo sea de un minuto, al Santísimo Sacramento.*

Si tú y tus compañeros Vitrotti, Galleano, Piano, Sola practicáis estos consejos, haréis bien a vuestra alma, honor a vuestro estado y al lugar donde la Divina Providencia ha dispuesto que hayáis venido para el estudio de la latinidad” [con vistas al sacerdocio].

Don Bosco cerró su carta con un llamamiento de sabor joánico (1 Jn 2,7): “Queridos

míos, amaos unos a otros, ayudaos mutuamente con el buen ejemplo y consejo, y mientras me encomiendo a vuestras oraciones, pido al Señor salud y gracia y me digo tuyo /Aff. mo Sac. Gio Bosco”.

Autenticidad asegurada

No cabe duda de que se trata de una carta de Don Bosco, aunque el autógrafo original pueda haberse perdido: la autenticación formal por parte de la curia de Turín, el estilo epistolar propio de Don Bosco y sobre todo el contenido son prueba convincente de ello. En unas pocas líneas está todo Don Bosco, un incansable promotor de vocaciones, un atento maestro de vida espiritual, un sacerdote celoso, un corazón apasionado por los jóvenes. ¡Cuánto necesitamos todavía hoy educadores así!

Llegados a este punto, se abriría también el interesante y poco conocido capítulo de la vida de Don Bosco sobre las numerosas vocaciones sacerdotales que surgieron de Valdocco: cientos y cientos. Don Bosco los habría utilizado muy inteligentemente para “defender” su obra y su método educativo en las disputas con Monseñor Gastaldi y con los círculos eclesiásticos de Turín y Roma hostiles a Valdocco en general y a la educación que allí se impartía. Pero el tema merece un espacio mayor que el aquí disponible.